

La noticia del Nobel le llegó cuando se encontraba en la habitación 1.605 del hotel Drake de Nueva York. Aunque sea un poco caprichosamente, me parece un símbolo de la obra de Paz: el cosmopolitismo y la tradición. Por un lado, la ciudad que simboliza a la modernidad; por el otro, esa fecha central que marca la salida al mundo de la obra capital de Cervantes, *El Quijote*. Toda la obra de Octavio Paz puede leerse como un diálogo —tensión, relajación y revelación— entre tradición y modernidad. Lo aprendió en los mejores escritores del primer tercio de nuestro siglo, pero también en los pintores que supieron ver en las obras del más remoto pasado (pienso, por ejemplo en Picasso), una dimensión absolutamente actual.

Octavio Paz estaba en Nueva York y en 1.605, sólo que, al juntarse en el espacio de su poesía, nos estaba brindando un nuevo tiempo hecho con las voces del pasado y con una nueva voz que teje en el aire la casa del poema. Este es uno de los rasgos principales del gran escritor mexicano, su capacidad para hacer presente, es decir, para darle cuerpo, la historia y cultura remotas u olvidadas. Su obra es una suerte de puente versátil regido por

OCTAVIO PAZ: HOTEL DRAKE, HABITACION 1.605

Por Juan Malpartida

Octavio Paz.
Foto de Rafael Doniz.

una de las palabras más hermosas de cualquier lengua y fundadora de nuestra cultura reflexiva, el diálogo. Fue Julio Cortázar quien comparó a Paz con una estrella de mar: tentacular y siempre fiel a un centro. Dialogador insaciable, con los otros y consigo mismo «J'est un autre», es un hombre tocado por una curiosidad inagotable: el detalle del día, la anécdota, el chisme y lo más hondo: las líneas de las culturas, el silencio y el vocerío de las civilizaciones. La mirada afilada y combativa resuelta en respuestas eruditas y coherentes o en paradojas rápidas; la mirada que interroga, escudriña, entra y despierta a toda la casa, y la que se abre a la risa y a las sonrisas. La gravedad transformada en juego, en cordialidad; el saber que se comparte, la amistad que es un compartir. Poco bromista, pero no un hombre serio: se ríe de sí mismo, o más bien: cuando se ríe, *sí mismo* se desvanece: triunfa el chiste de la poesía, la cualidad de unir lo disparate, el fondo de la fraternidad sobre la disolución budista. Festín mientras tintinean los vasos: el mundo está lleno de risitas. Ama profundamente a la poesía: la acosa y la venera, y siente predilección por los poetas que saben lo que sus poesías dicen, no lo que van a decir. Erudito como pocos poetas de nuestro siglo, transforma los datos en saber. Cientos de lecturas se convierten en unas líneas claras. Ejemplo de economía verbal y de orientación personal. Lo ha dicho en alguna parte: no un saber enciclopédico, un saber que nos enseñe a vivir, una sabiduría. Estudió el budismo y sus diversas ramificaciones, pero no para negar este mundo sino para llegar a pensar que, junto a esa dosis de irrealidad de todo lo existente, transcurre una corriente alterna: el mundo es real. Si el silencio es mental (John Cage), *real e irreal* ¿no son momentos de un mismo latido llamado hombre? Toda su obra es-



tá habitada por una visión crítica que ve en las palabras su falla ontológica, y en las cosas —silenciosas y sin nombres— el punto en que oscilan hacia el signo. Las palabras se derrumban y se levantan, se transforman en la artesa de los siglos; no son el sentido, son una búsqueda de sentido. Paz se reconoce hombre no en la respuesta de las filosofías y de las religiones sino en las preguntas que, entre agitación y quietud, el hombre se hace. Un sentido buscado, no sólo en sí mismo sino a través de los otros y de la vasta otredad de los sentidos. No es extraño que en esa búsqueda haya desplegado una obra en la que brilla una extrema fascinación por la existencia femenina: la mujer. Atracción erótica y amorosa. Por lo primero, es un impulso que tiende hacia el sujeto con el deseo de absorberlo, transformarlo; por lo segundo, una lúcida conciencia de perpetuar la presencia. Por otro lado, la mujer en la poesía de Paz es casi siempre la otra orilla, el otro lado de la realidad: vislumbre privilegiado del mundo que, estando más allá de nosotros, es el centro de nuestro ser: somos, más allá de la conciencia y del solipsismo de los espejos, lo otro. El amor y la poesía son «el enterramiento de los espejos», «la abolición de los pronombres». En su obra, jamás la persona amada trasciende por abstracción. El cuerpo se transfigura, pero no se convierte en una idea ni en una esencia, sino en pluralidad de presencias. El eje es la imaginación, el fuego de todos los fuegos.

El 11 de octubre de 1990 se ha premiado a un gran descubridor. No ha inventado continentes, los ha descubierto bajo la piel de la realidad, en el limo de las ciudades, tras las trampas de la fe, en las peras del olmo, abriendo puertas al campo, poniendo el pasado en claro, y haciendo del tiempo un presente perpetuo. Estas palabras me las dictan la alegría y el agradecimiento. ■

JOSE HIERRO

“LOS GOBERNANTES NO LEEN POESÍA”

Por Fernando Ortiz

José Hierro tiene una enorme calva, ígnea y brillante, y unas orejas de duendecillo burlón terminadas en punta. Hierro habla de que es un poeta de segunda fila y de que ya ha entrado en la tercera edad. Pero sus versos, como su persona, permanecen restallantes y erguidos. Hierro bebe anís seco con parsimonia, como si fuese *fan-ta*. Está considerado como uno de los mejores poetas de este último medio siglo y, con Blas de Otero, el más destacado representante de la «poesía social». Como ustedes recordarán se negó hace pocos años a entrar en la Academia. Eso se llama coherencia. El es poeta, no académico. Además, ya lo dijo en su momento, le va muy cómodo el andar en alpargatas, cosa que no sería respetuosa para la docta institución.

—Desde el 39 hasta el 44 estuviste en la cárcel por «auxilio a la rebelión».

—Fue una experiencia más. Dolorosa, pero una experiencia más. Todo enriquece en la vida, ¿no? No te digo que eso sea recomendable para que las gentes se sientan más ricas. Pero nada que se vive conscientemente deja de tener interés. Sea gozoso o dramático es igual. Significa un enriquecimiento interior el contacto con gentes, con lo difícil, con el dolor...

—Fuiste luego palero, moldeador, listero en unas obras... ¿Cómo pudiste escribir poesía en esas circunstancias?

—La poesía no tiene nada que ver con eso. Una novela necesita una dedicación constante, horas al día. Pero en poesía existe eso que se llama la inspiración.

POESÍA

El trabajo material es menor, y se puede realizar en el autobús, en la playa, donde quieras. Cualquier lugar es bueno para darle vueltas a un poema, cosa que no es posible en la novela.

—La experiencia de esos oficios tan diversos, ¿qué te enseñó para tu poesía?

—¡Pues vivir mi vida! La poesía es un testimonio de la vida, y por tanto, todo la enriquece, a condición de que no te autocompadezcas. Además, la poesía es un sucedáneo de la vida. De manera que el no haber escrito durante algún tiempo no me importa en absoluto. Estoy viviendo. Lo que no puedes es nunca tomar la vida como materia prima para escribir del modo que las niñas esas cursis que hacen diarios y necesitan alimentarlos. Tienen que pasarles cosas porque tienen que escribir la página de hoy. La poesía no es eso. Fíjate: el tiempo que estuve en la cárcel no escribí ninguna poesía carcelaria. Conservo unos 150 poemas de aquella época, con los que quiero hacer una edición para amigos. Bueno, pues ¡ni una poesía carcelaria! Son poemas asépticos, en ocasiones guilianianos, otras albertianos, del Alberti de *Cal y canto*.

—Uno de tus poemas más conocidos es *Los andaluces*, donde expresas tu impresión al verlos sufriendo el frío inmisericorde del penal de Ocaña, del de Burgos...

—Como soy de poca imaginación, cuento lo que vi. Yo nunca escribí poemas blasfemando de lo que pasaba en la cárcel. Pues esa misma contención, ese no quejarse, ese estar allí como si no tuviera importancia... Todo eso me sorprendió. Una elegancia espiritual que es lo que yo trato de ver ahí, ¿no?, y es lo que trato de expresar. Me pareció un ejemplo muy hermoso.

—¿Qué función social cree que tiene la poesía hoy?

—La de siempre. Pero yo nunca he creído en la eficacia social de la poesía social. Aquello que pensaba Celaya de «el instrumento para cambiar el mundo» yo no lo creí, y así lo escribí en aquellos años.

La poesía social tuvo repercusión, pero curiosamente no entre el pueblo, sino entre los intelectuales y universitarios (homenajes a Machado, Hernández, Neruda, etc.). En realidad, quienes asistían a esos homenajes no lo hacían para escuchar poesía, ¿entiendes? Era un pretexto para otra cosa.

Creo que toda poesía impregna la sociedad y termina transformándola, pero no de esa manera. Lo que no se puede es hacer soflamas con la poesía. Si se escribe de las mariposas, no creo yo que por eso las mariposas vengan a escuchar mis versos. Por hablar de las injusticias sociales no se modifican éstas. Además, los gobernantes no leen poesía.

—¿Qué piensas que quedará de tu poesía?

—Poco. Si vas a poner una comida donde ha de haber pescado y luego carne, posiblemente los pescados sean exquisitos